

SANTA MARIA DEL CASTILLO

Mi nombre es Julianus de Peñafiel y soy uno de los alarifes de su majestad el rey Alfonso VI al que sirvo en la actualidad acabando una torre albarrana en el castillo de Roa. Coincidiendo con la vendimia del año del Señor de 1060, llegó a mis manos un extraño mensaje que en un principio me sorprendió e inmediatamente después, me colmó de ilusión por el reto que representaba la novedad de crear algo nuevo en Castilla; la vitela del emisario decía así:

Ilustrísimo señor Julianus; sabedores de vuestro oficio como “Magister Operis”, solicitamos reverencialmente, tengáis a bien realizar un servicio a esta comunidad, cediéndonos vuestra habilidad y buen juicio en saber y entender, exhortándoos para que os hagáis cargo de la construcción un lugar sagrado de oración para la santísima Virgen nuestra madre, en un lugar de extramuros conocido como “Valle de Hixhám” ,en la Villa de Santisteban, siguiendo el expreso deseo del obispo osomensis monseñor Silo de Garicán

*Firmado: Los miembros del “Concejo de la “Comunidad de las Tres Casas”.
Juan Zahed Adbella el herrero, Munio Oveched, Zahed Ovezes y Vita Lahia.*

Cuando llegué a la pequeña ciudad ribereña, ya hacía tiempo que había terminado la conquista de las tierras del Duero por parte del conde de Castilla y la antigua frontera con *Al. Ándalus*, se había trasladado hasta los márgenes del río Tajo, dejando a los ciudadanos libertad para cultivar la vega, multiplicar el ganado y comerciar con los vecinos del norte sin las continuas algaradas sarracenas. Al contemplar a lo lejos la ciudad amurallada, coronada por un enorme castillo de piedra dominando una extensa vega junto al río Duero, con dos grandes norias de canjilones de madera que elevaban el agua hasta los canales de riego, enseguida intuí que se trataba de un pueblo prospero que podía hacer frente a cualquier proyecto por costoso que fuera.

El llamado *Concejo de la “Comunidad de las Tres Casas”* lo formaban una selección de los vecinos más notables de la villa, mudéjares en su mayoría, pero también cristianos, descendientes de los repobladores que trajo el conde de Castilla Fernán González del norte y miembros de la comunidad judía. Eran hombres sencillos que me recibieron con extrema cortesía guiados por Juan Zahed-Abdella “*el herrero*” su portavoz,

un hombre de media edad, templado en ademanes e instruido en su formación. Él me puso al corriente de las intenciones del obispo Silo, titular de la diócesis *Oxomensis*, gestionada desde su refugio en Toledo. Hacía tiempo que el prelado soñaba con sembrar centros de oración a salvo de las llamas en toda su sede eclesiástica, con el fin de propagar la doctrina de Jesucristo, contrarrestando la proliferación de tantas mezquitas de los seguidores de Mahoma que se habían desarrollado en el territorio durante más de trescientos años. El obispo había insistido a los ciudadanos en construir una iglesia de piedra hasta la saciedad y estos, mozárabes en su mayoría, habían hecho oídos sordos a las exigencias del prelado, hasta que, en la fiesta del Corpus de aquel mismo año, Silo se encontró al rey en Nájera, abogando con habilidad por elevar la primera iglesia en su reino, que bien podía contribuir a la salvación de su alma. El monarca, necesitado de indulgencias, envió una orden a Santisteban con dos posibles salidas: Un severísimo impuesto sobre la lana y el portazgo, o la entrega de los terrenos y las costas para elevar el pequeño oratorio que reclamaba el obispo. El Concejo aceptó la segunda opción como mal menor, aun a sabiendas que se abriría un agrio debate religioso entre los vecinos, descendientes en su mayoría de antiguos repobladores bereberes que ocuparon la península, disgustados por el reiterado olvido de la reparación de sus mezquitas.

- ¡Vos Julianus, sabréis diseñar un centro de oración donde se encuentren a gusto todos los ciudadanos de nuestro pueblo, cristianos, mahometanos y judíos, además que pueda servir su *nártex* para las reuniones del Concejo, que a fin de cuentas será quien asuma los gastos! – me propuso Juan Zahet-Abdella “*el herrero*”.

En un principio me parecía imposible la propuesta de que sirviera un solo templo para todas las creencias sin crear conflictos.

- ¿Que pensara el señor Obispo? – advertí ante lo que me parecía una osadía

- ¡Aceptará- sentenció taxativo el herrero - está tan ilusionado con ver su primera iglesia que no pondrá reparos a lo que le ofrezcamos!

Propuse al Concejo intentar localizar a un grupo de canteros itinerantes, chiitas de origen sirio que, con el nombre de “*El gremio de maestros de las gacelas*” había conocido en Peñafiel, con gran satisfacción por el resultado de su trabajo. Inmediatamente envié correos en su busca a Córdoba, Toledo, Albarracín, Zaragoza, incluso Valencia y Almería.

Pasados unos meses, cuando ya creía perdida la opción de encontrar los canteros sirios, me llegó una sencilla nota escrita en árabe que colmó mi alegría.

“*Alá el misericordioso conduce nuestros pasos hasta vos*”

A los dos meses, una tarde en época de calor del año 1066, cuando se cosechaba la siega de los campos de mies, apareció Juan Zahet-Adbella seguido de una nutrida caravana compuesta de dos carretas tiradas por bueyes, un par de dromedarios y dos asnos cargados de enseres y sacas, junto a un numeroso grupo subiendo la cuesta del río. Algunas mujeres llevaban en brazos o a la espalda a niños de corta edad, seguidos de numerosos curiosos de la ciudad, como si no hubieran visto nunca camellos o la vestimenta oriental de los viajeros.

- ¡Maestro Julianus – anunció el herrero casi sin resuello – estos forasteros preguntaban por vos y me he permitido acompañarlos creyendo que eran los canteros que esperabais!

El alarife Ibn Said Azobel, jefe del gremio, era un hombre de mediana edad, recio, fornido, de anchos hombros, cabellos blanquecinos y mirada profunda; sus enormes manos y brazos simiescos no le impedían gesticular con delicadeza al hablar en un árabe refinado con acento oriental. Me miró, hizo una profunda reverencia pronunciando su nombre y oficio, dijo sentirse alagado por mi solicitud y seguidamente fue señalando a los miembros del grupo, incluso a los más pequeños que dormitaban a la espalda de sus madres. “*El gremio de maestros de las galeras*” lo componían además de Said, dos talladores, un cantero, tres esclavos con oficio, siete mujeres, algunas con varios hijos mayores, hasta completas diecisiete miembros sin contar varios infantes sin destetar.

Antes de cerrar el trato quise conocer las pretensiones del cantero en cuanto a soldadas y costas a pagar

- ¡Debéis de saber que nuestra costumbre es cobrar en monedas cordobesas, a razón de tres monedas de cobre de jornal semanal para cada niño de hasta doce años caminados, cinco para cada mujer, un *dírhem* por cantero y dos por tallador con ayuda de los esclavos, además de manutención, leña para el fuego y cobijo como es de rigor!

- ¡No olvidéis que estamos en Castilla y aquí tenemos otra moneda – repliqué – además, no sé si el obispo aceptara estas condiciones!

- Aceptará – sentenció Ibn Said taxativo a media sonrisa, como si conociera de sobra el contenido de las arcas de los castellanos y el sentido común del obispo - Son muchos los cautivos que son rescatados con monedas cordobesas y a nosotros no nos servían otras cuando marchemos a nuestra tierra.

- ¿Habéis construido antes algún templo cristiano?

El maestro cantero me miró y esbozo una sonrisa de suficiencia

-¡Debéis de saber que cuando realizamos nuestro trabajo, no miramos si las piedras talladas serán para albergar una cabellerizas o un lugar de oración, pero si eso

os preocupa, os diré que ya hemos hecho otros templos en tierras de oriente para venerar al Dios trinitario, así como sinagogas para los hombres del Libro y mezquitas para honrar la fe del Profeta, pero si queréis saber mi opinión, no he encontrado grandes diferencias al colocar una piedras tras otra entre sus muros. ¡Solo tenéis que decirnos como queréis vuestra iglesia!

- ¡También supongo que conocéis las medidas que rigen en estas tierras con las que tendréis que tratar con los lugareños!

- ¡Si lo que tratáis es poner a prueba mis conocimientos o los de mis hombres, os puedo adelantar, según mi saber y entender, que el codo común tiene veinticuatro dedos, no así en codo "rassaisi" que tiene veintiséis y que como sabéis está fijado en la piedra de una de las columnas de la *Aljama Mayor* de Córdoba para uso universal, no obstante si queréis que use la métrica de mis antepasados originarios de Egipto, lo hare con el codo de la isla de Rodas que tiene treinta y dos dedos y veinticuatro pulgadas, el dedo de Al Ándalus como bien sabéis tiene treinta y dos pulgadas y la vara en castilla treinta y seis...!

- Bueno, bueno lbs Said, - le interrumpí - ya veo que domináis las reglas métricas sobradamente, elegid vos la unidad con que os encontréis más cómodo siempre que los demás la entiendan y sea para buen fin.

El herrero comunicó al Concejo las pretensiones del cantero y al día siguiente lleo la respuesta aceptando todas sus condiciones.

Antes de comenzar el invierno, los orientales se pusieron a construir su vivienda a base de tapial y yo extraje los bocetos que había creado previamente en pergaminos y tablas de arcilla, donde había plasmado previamente mis ideas hasta encontrar las dimensiones áureas, reales, armoniosas de la futura iglesia, como quien intenta elaborar una pieza de orfebrería. Acostumbrado a diseñar palacios y alcazabas, aquel pequeño templo me planteaba más dudas que ninguna otra obra porque era algo diferente a todo lo existente. Le enseñe la maqueta de barro a lbs Said y le expuse los deseos del Juan Zahet-Adbella sobre la pretensión que sirviera para albergar a todos los creyentes; él observo largamente el modelo de arcilla, meditó detenidamente una respuesta y finalmente me ofreció una solución sorprendente en lo audaz pero llena de sabiduría.

- Maestro Julianus, muchas veces las cosas más complicadas suelen resultar las más sencillas con solo mostrarlas tal como son; si eso es lo que quiere el Concejo, haced algo que permita que los cristianos adoren a sus imágenes dentro del templo, pero no impidáis que nuestros hermanos musulmanes recen en un *exonártex*, incluso que este sea centro de meditación para hebreos y de reunión para el Concejo. Ahora que

preparamos la limpieza del terreno, estamos a tiempo de marcar los cimientos del ábside orientando entre la Meca y Jerusalén, porque estoy seguro que el señor obispo no notara la diferencia y cumplimos con ambos credos, además, si colocáis el nártex en el exterior y lo alumbráis con siete pórticos en vez de seis como lo tenéis ahora, cualquier creyente mudéjar podrá reconocer en ellos los siete cielos de nuestra fe, o las siete puertas donde Mahoma ascendió al paraíso desde la piedra sagrada de la Meca, incluso bien podrán nuestros hermanos hacer el recorrido frente a ellos a modo de los siete giros, recitado en cada uno los versos de la primera *Surha* del Corán, tal como hacen los peregrinos en la *Kaaba* en la festividad de la ascensión del Profeta. En cuanto a los capiteles y canecillos que coronen los soportes y embellezcan las cenefas, tampoco es imprescindible que lleven imágenes trinitarias, bien podían ser motivos de la naturaleza o fragmentos de la vida diaria que no ofendan a nadie.

La sagacidad y sabiduría de Ibn Said de nuevo me dejaron perplejo.

Solo faltaba la visita del señor obispo para empezar las obras, de manera que el Concejo envió un mensaje a Toledo para que su ilustrísima pudiera marcar la fecha de inicio y la respuesta del prelado fue inmediata, fijando el día de san Blas para bendecir el solar y colocar la primera piedra de su iglesia.

Esperando la insigne visita, los hombres de Ibn Said se dedicaron a esplanar taludes, desbrozar y aplanar caminos, localizar una cantera adecuada o marcando la silueta de la futura iglesia con hitos enjalados hasta la llegada del día de san Blas. Cuando todavía se advertía la serranía del sur coronada por una capa de blanca nieve enviando una brisa helada sobre el valle y el sol se elevaba tímido sobre la muralla, una numerosa comitiva fue apareciendo por el camino de Langa, acompañada de pendones, enseñas y toda suerte de panderos y dulzainas delante de una litera cubierta. Una docena de acólitos precedía a varios monjes de San Benito, portando cirios y varias cruces de madera entonando cantos religiosos. Al llegar, el obispo Silo retiró las cortinillas de su peana particular, puso el pie a tierra y, apoyándose en su báculo dorado, me miró detenidamente dejando marcada una pequeña curva en su cara a modo de sonrisa

- ¡O sea que vos sois el maestro Julianus! - susurró con voz aflautada

El prelado era un anciano de rostro sonrojado, aspecto bondadoso, ojos vivos y piel cetrina. Miró varias veces el entorno de la explanada cercana a la muralla y sin más preámbulos ordenó que clavaran cuatro grandes cruces en lo que suponía las paredes del templo. Dos de los frailes arrastraron una losa de piedra hasta el centro, Silo reclamó el acetre y dio tres vueltas a la losa deteniéndose en cada cruz, elevando al cielo sus rezos a los que los acólitos contestaran con plegarias en latín. Bendecida la tierra donde

se alojaría el futuro centro de oración, se acercó de nuevo a donde estaban las parihuelas y antes de subirse, se volvió hacia mí con el rostro helado.

- ¡Bueno Julianus ¿cuándo estará acabado mi templo?

Me sorprendió que preguntara lo que nadie podía predecir, pero lo interpreté como un anhelo desmedido a ver realizado lo que había sido el sueño de su vida. Antes de que pudiera contestarle me alargó la mano para que besara su anillo, me dio su bendición, cerro las cortinillas y ordenó la marcha.

Al día siguiente, Ibn Said y su gente retiraron las cruces de madera, marcaron los límites de la iglesia con gruesas maromas de esparto y todos se volcaron en vaciar las zanjas para los fundamentos con picas y garfios, cargando cestos, angarillas y serones a lomos de animales o con su propia fuerza a lo largo de una rampa que fue hundiéndose en el terreno. Los cimientos fueron llenados con cantos y guijarros recogidos en las cercanías o rústicas piedras traídas de la cantera con argamasa de cal, hasta colmatar los gruesos tajos abiertos a la tierra de hasta ocho codos de profundidad y cinco de anchura.

Un mes después del comienzo de la siembra del año 1071, los basamentos del antepecho del *Nártex* estaban asentados sobre el ancho poyo de piedra y es aspecto del recinto comenzaba a tener sentido, pero después de la Epifanía del año 1072, cuando las paredes de la iglesia se elevaban buena altura y se cincelaban los robustos fustes de las columnas del patio, algo inesperado estaba a punto de ocurrir.

- ¡La peste, la peste! – oímos gritar a los que salían huyendo de la ciudad por el camino de Langa, sembrado el desconcierto general.

Durante meses solo se oía pasar el carro de los aguaciles con las mortajas cubiertas que iban recogiendo por la ciudad, para ser enterradas en una fosa común lejos de la muralla. De esta suerte, los trabajos del templo quedaron paralizados, hasta que casi cuatro años después, coincidiendo con la primavera del año 1076, un hombre cruzó la puerta de la Villa y volvió a la ciudad, dos días después varias mujeres salieron a lavar hasta el río e inmediatamente, Juan Zahet-Abdella el herrero nos visitó una tarde informándonos que ya llevaban dos semanas sin recoger cadáveres dándose por acabada la pandemia.

El castellán u el Concejo organizaron rogativas para agradecer a la Virgen el final de la peste y de nuevo la explanada de la iglesia se volvió a llenar de troncos de madera, piedras y pertrechos. Ibn Said iba separando los mejores granitos que traían de Uxama y de una pedrera junto a la atalaya de Lomero, para confeccionar los paños de paredes y

cincelar su obra más delicada destinada a capiteles y canecillos, dejando que sus hijos carearan peldaños y aparejos de los antepechos de la escalera principal.

No fue hasta bien avanzo el invierno cuando recibimos de nuevo la visita el obispo Silo; el día no podía ser más gélido, los canteros se protegían con gruesas manoplas y *almalafas* de piel de ciervo, temiendo que en algún momento la argamasa de cal se les congelara en las manos. Las mujeres, con *futas* de piel de carnero y largos velos de paño, ateridas de frío, apenas podían suministrar las piedras al tiempo que exhalaban nubes de vapor por la boca. Era el peor día de invierno y sin embargo, alguien se aventuraba a llegar hasta allí subiendo a duras penas por la cuesta del río. Tres hombres se afanaban en retirar la nieve del camino a paladas, para dar paso a media docena de encapuchados llevando a hombros una litera cubierta; los porteadores, inseguros, trataban de apoyar los bastones con fuerza para mantener el equilibrio, avanzando palmo a palmo con extrema dificultad. En llegando al porche, los cargadores depositaron la litera en el suelo y corrieron a la fogata del patio para calentarse.

- ¡La paz del Señor sea con vos maestro Julianus! – balbució el obispo Silo asomando la nariz encarnada entre las cortinillas al tiempo que soltaba una nube de vapor por la boca.

El prelado estaba desconocido, parecía un leñador, vestido con una recia aljuba de piel, gruesas calzas, manoplas y un gorro peludo cubriéndole la cabeza. Apoyó una de las manos enguantadas en el pasante de la litera y ayudado por un bastón se apeó con gran esfuerzo.

-¡Eminencia, no habríais podido elegir peor día para venir! – le recriminé.

-¡Teneos razón hijo, posiblemente haya sido una imprudencia salir de la galera que me trasladaba a Burgos, pero os confieso que me moría de ganas de ver mi iglesia y pasando al lado no he aguantado la tentación.

Acercándose a la hoguera, mientras giraba sus manos sobre el fuego, iba mirando el nacimiento de las columnas del patio y las arcadas de la puerta con una sonrisa helada, casi embobado, como si contemplara por primera vez su sueño convertido en realidad. No tardó en reaccionar con un escalofrío y sin perder más tiempo, rogó que sus hombres le acercaran la litera y se introdujo en ella, no antes sin dirigirse a mi:

- ¡Bueno maestro Julianus, a ver si la próxima vez que venga está acabada mi iglesia!

Recién marchado el obispo, varios fusteros ayudados por el fuego elaboraron grandes cimbras para soportar la bóveda del ábside, al tiempo que hilvanaban las pesadas vigas del *alfarje* para soportar el tejado. En poco más de un año todo cambió;

las paredes estaban elevadas, los canteros alternaron almádanas por hachetas para confeccionar y ensamblar “alfardas” y cabios a fin de nerviar el techo de la nave, de tal suerte que un mes más tarde, se iban formando moldes para cocer cairones de arcilla y lajas de piedra para cubrir los faldones de la nave y retirar las aguas de lluvia. Fue en ese momento cuando mandé colocar andamios para decorar las paredes interiores siguiendo los esquemas detenidamente dibujados durante la pandemia.

Dos sirvientes empezaron a “aljezar” en gavetas con pasta de yeso y otros dos la extendían sobre la pared con gruesos guates de ciervo y llanas de madera, con el tiempo justo para grafiar cenefas y geometrías del boceto. Palmo a palmo, durante ocho meses, me esforcé al límite de mis fuerzas en plasmar mis pinturas. Sobre el paño diestro intercalé anagramas geométricos junto al sello de Salomón, repitiéndolo en la pared opuesta con símbolos de la sabiduría, la misericordia y beatitud del Dios eterno, padre de la humanidad y rey universal. En el ábside me entretuvo varias figuras del Creador y los apóstoles y bajo las bandas geométricas de las cuatro paredes, gravé como era de rigor las cruces coptas para la bendición del templo.

Todo estaba concluido, solo cabía avisar al obispo Silo para que el prelado eligiera la fecha más indicada para la bendición de su templo.

Casi tres meses después, desde la sede episcopal, fijaron la fecha del segundo domingo del mes de mayo del año 1081 para la consagración de la iglesia de piedra de Santisteban.

En el mes de abril, Inb Said y sus hijos, antes de marchar, gravaban en el paño sur de la parte exterior del templo, la marca de “*Gremio de los maestros de las Gacelas*” con los surcos de tres cuadros concéntricos que representaban los grados del oficio y el maestro subió a una escalera, retiró la arpillera que ocultaba un hueco ubicando su secreto mejor guardado, dejando a la vista un canecillo encima de la entrada con una pequeña figura soportando un libro abierto con una inscripción que me conmovió.

JULIANUS MAGISTER FECIT.ERA MCXVIII

Llegado el día señalado para la bendición del templo, ya desde la madrugada, los ciudadanos engalanaron sus ventanas con toda suerte de alfombras y mantillas, el castellán ordenó ventear pendones y enseñas en los adarves del castillo y puertas de la ciudad para recibir el cortejo religioso. Bien era cierto que no todos los habitantes de la ciudad estaban con ánimo de celebrar la erección del templo cristiano; los hebreos se mantenían indiferentes pues ya que tenían su sinagoga y los mudéjares, renegaban que quedaban olvidadas desde hacía tiempo la reparación de sus mezquitas, incluso algunos

artesanos y comerciantes, abrieron sus talleres en el zoco y siguieron comerciando en señal de protesta por lo que creían una afrenta a su credo.

Llegada la hora, un grupo de soldados salieron del castillo hasta la vega del manantial para recibir la comitiva que llagaba desde la *diócesis oxomense*. Otro grupo de soldados con el castellán a la cabeza, se repartieron alrededor del nuevo templo para contener a la multitud amontonada desde el alba en las inmediaciones. Cuando el sol remontaba por encima de la muralla apenas un palmo, se oyeron dos broncos timbales precediendo una procesión solemne que portaba en andas la Virgen del Castillo, rodeada de un docena de monjes de San Benito en apretado racimo, junto a edecanes, arcedianos y al menos un centenar de acólitos portando enseñas, cirios, cruces y ramas de olivo, al tiempo que balanceaban humeantes flabelos a su alrededor, precediendo a los prelados de Astorga, Cartaginensis, Toledo, Complutum, Sigüenza y Orihuela, algunos cargados de edad, jadeantes, ayudados a caminar por acólitos, tratando de seguir las parihuelas que portaban al obispo Silo. Detrás de la procesión, el castellán, los miembros del "*Concejo de la Tres Casas*" y gran número de curiosos fueron llenaron la esplanada de inmediato.

Esperé al pie de la escalera del *nártex* para entregar las llaves del templo al obispo; el religioso bajo de las parihuelas con esfuerzo, miró embobado su resplandeciente iglesia y se llevó las manos al rostro.

¡Virgen Santísima! – exclamó con honda emoción haciendo ostensibles movimientos de cabeza.

El prelado había cambiado desde la última vez que nos vimos, mostraba una figura débil, encorvado, envejecido, de mirada cansada, mostrando un aspecto que arrastraba a compasión

Ayudado a subir las escaleras, abrieron la verja y se detuvo de nuevo a observar las arquivoltas de la puerta interior. En el mismo umbral, el noble anciano, quebró la figura soltando un pequeño gemido al arrodillarse y tembloroso, extrajo un paño del peto de su casulla para enjugarse las lágrimas.

No se conocía hasta entonces otra guía para bendecir los centros de oración cristianos que el *ritual hispano mozárabe*. Un manuscrito de rasas tapas y esquinas de bronce, era trasportado por dos corpulentos frailes sudando a chorros hasta un atril, al que accedió uno de los arcedianos que, guiándose por sus páginas, canturreó latines, mientras los obispos daban vueltas a la nave siguiendo una cruz procesional por los cuatro muros, haciendo un alto en cada cruz gravada en la pared, donde Silo, con voz frágil, canturreaba una tras otra las diecinueve antifonas del antiguo testamento, mientras los acompañantes le contestaban con aleluyas. Una vez en el ábside, los prelados, uno

tras otro, colocaron sus manos sobre la gran piedra que servía de ara entonando a coro la *Ecología de la Eucaristía*. Finalmente, los miembros del Concejo y representantes de la ciudad, depositaron sobre una peana al lado del altar la imagen policromada de la madre de Dios con su Hijo en brazos que todos conocían como “*La Virgen del Castillo*”. El obispo Silo agitó hasta diez veces el aspersorio con agua vendida por todo el nuevo recinto sagrado y se dirigió a la salida seguido del resto de los celebrantes.

Antes de subirse de nuevo a las parihuelas para marchar, el obispo se volvió a mí con los ojos encarnecidos, me dio la bendición por dos veces y al querer besar su anillo, tomó mis manos amigablemente mirándome a los ojos

- ¡Gracias Julianus por haber acabado mi iglesia para que la pudiera ver!

- ¡Agradecido a vos eminencia por vuestra paciencia, extenderé vuestro agradecimiento a todos mis hombres!

Hizo un esfuerzo por subir a la litera y cuando estaba sentado en ella, retiró la cortina, observó por última vez el resplandeciente conjunto de piedra, e inesperadamente, arrugó el ceño y se volvió a mí con mirada interrogante.

-¡Pero ...ahora que caigo...Julianus... el templo no tiene campanas!

-¡No eminencia, el proyecto solo contemplaba la nave con una salida posterior para el camposanto tal como acordamos con vos!

- Ya, pero un templo sin campanas...; ¡bueno, bueno Julianus, a ver si la próxima vez que venga tenemos un hermoso campanario en nuestra iglesia!

Juan Zahet-Abdella me miró sonriendo con complacencia, porque los dos sabíamos que los fondos de la comunidad no daban para campanarios, incluso se tardarían años en saldar la deuda contraída con los prestamistas hebreos a fin de acabar la iglesia.

Los dos vimos marchar la comitiva religiosa cuesta bajo por el camino de Langa y al castellán junto a los soldados en dirección al castillo, convencidos que pasaría mucho tiempo hasta que el nuevo prelado de la “*diócesis osomensis*” pudiera contemplar el campanario.

FIN